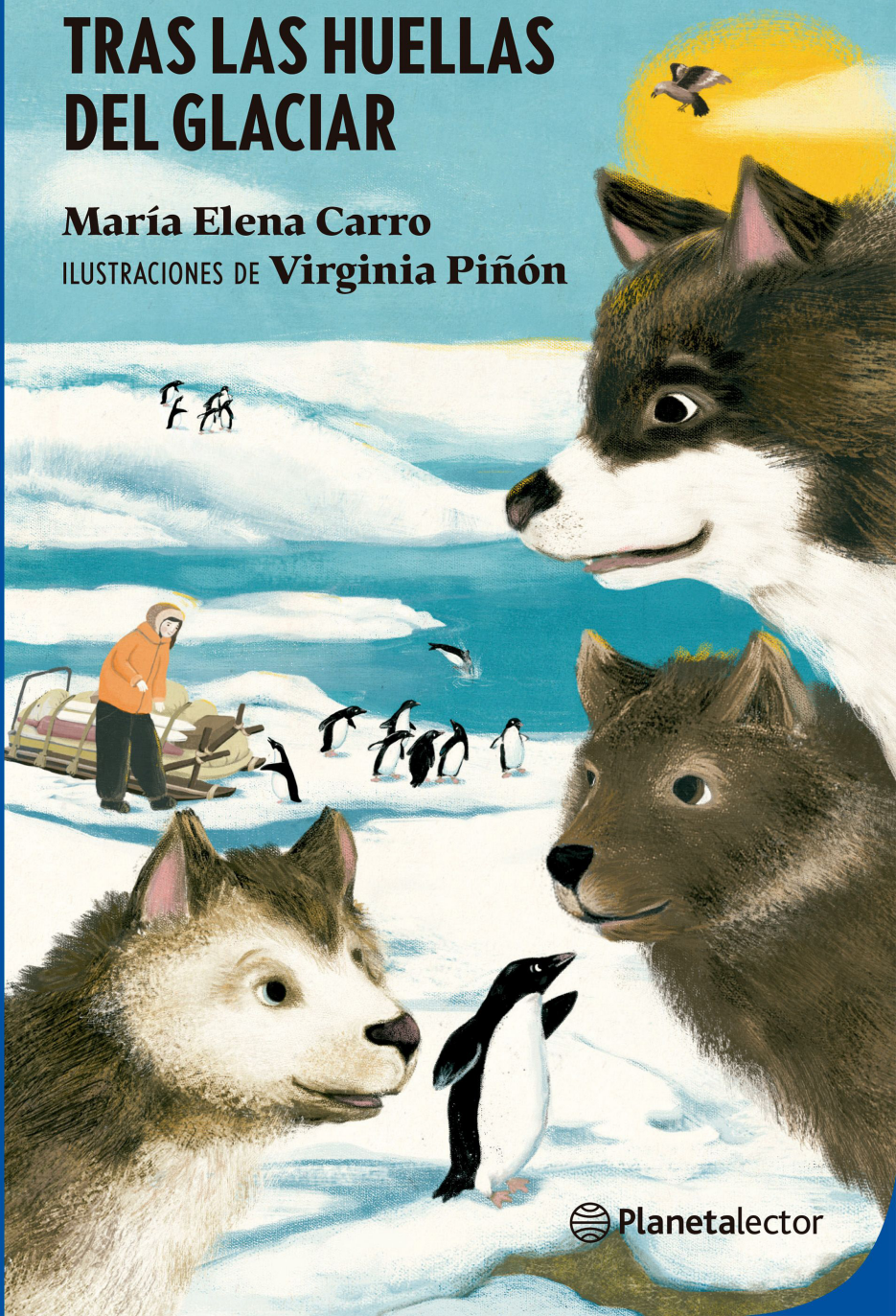
TRAS LAS HUELLAS DEL GLACIAR

María Elena Carro
ILUSTRACIONES DE Virginia Piñón



Planetalector

TRAS LAS HUELLAS DEL GLACIAR

María Elena Carro
Ilustraciones de **Virginia Piñón**

Planetalector

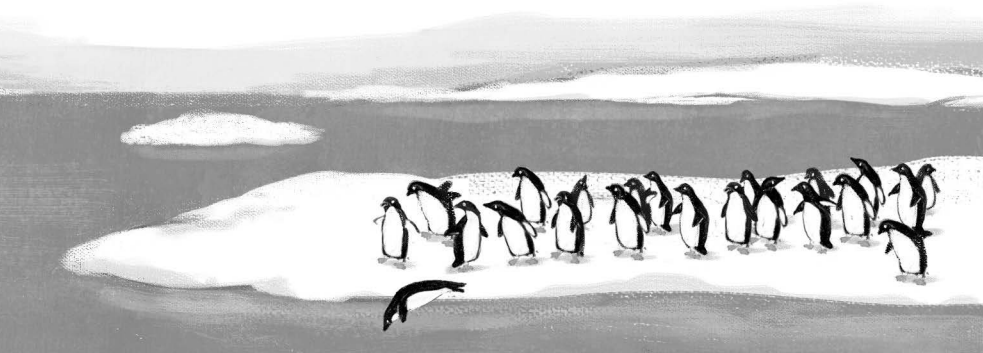
¡A vos, querido lector! ¡Que estás por abrir este libro!
Abrigate bien, no te olvides de ponerte
guantes, anteojos y gorro...
¿Ya estás listo? Te esperan Poncho, el perro polar,
y su manada, que te llevarán
en un trineo a recorrer aventuras por el hielo.
¿Te animás a seguir sus huellas?

La Antártida se despierta lentamente después de un largo y oscuro invierno. En Esperanza los días de penumbra llegan a su fin. El sol asoma despacito sobre el horizonte helado, derritiendo de a poco la capa de nieve que cubre todo, y deja atrás el invierno silencioso, a veces interrumpido por el silbido del viento o los aullidos de los perros mientras miran la luna en las noches polares.

Con la llegada de la primavera, los pingüinos arriban a las costas para anidar, al igual que otras aves. En el aire se mezclan el graznido intenso de los pingüinos con el piar de las palomas antárticas. Y también los agudos chillidos de las skuas, que llegan en bandadas formando una melodía desafinada que se desplaza por el aire polar y rebota en los glaciares.

El silencio habitual en Esperanza ha desaparecido.

1 DEMASIADO HIELO



—¡Poncho! ¡Ponchooo!

—¿Qué pasa, Arrancol?

El perro enorme, de tupido pelaje marrón chocolate y largas rastas enredadas, se acerca a la orilla del mar y señala con su enorme pata delantera derecha:

—¡Allá, en el horizonte! ¡El mar se tiñó de negro! —exclama Arrancol con asombro en sus ojos.

—¡Nooooo, mi distraído Arrancol! —ríe Poncho, el gran perro guía de la manada—. Son las balsas de nuestros amigos los pingüinos, que navegan sobre las placas de hielo hacia nosotros. Ya estamos en octubre y, como todos los años, vienen a anidar a las costas de base Esperanza.

—¡Ohhh, pero claroo! —murmura Arrancol, agarrándose su enorme cabeza con las dos patas—. ¡Ya estamos en primavera! A veces mi memoria se sube a un trineo y se va de paseo.

De repente, el perro guía otra vez escucha su nombre.

—¡Poncho! ¡Ponchooo!

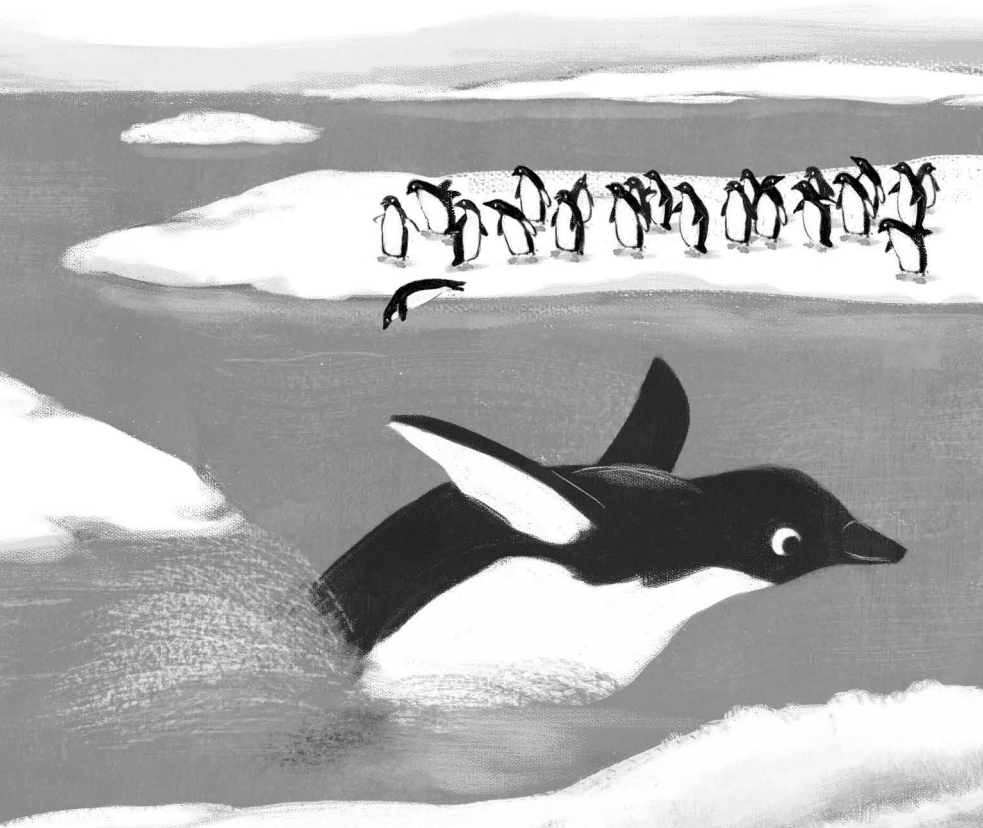
Gira de un lado a otro sus orejas gris oscuro, como antenas, buscando de dónde viene esa voz. Enseguida ve cómo se acerca rápidamente un perro negro azabache con una gran mancha blanca en su pecho. Cuando estuvieron frente a frente, Poncho fija su mirada en los ojos pardos de Simba, que se acerca agitado.

—¡Amigo! ¡Tranquilo! ¡Vienes sin aliento!

—Es que... —Simba toma una bocanada de aire para llenar sus pulmones y dice entre jadeos—: ¡Estoy preocupado!



—¡Simba! —lo interrumpe Poncho en tono serio—: Siempre te ocupas de resolver con rapidez los retos que se te presentan. ¿Recordás cuando te caíste en una gran grieta hace unos años y lograste sobrevivir? Con tu habilidad y valentía, saliste de las profundidades usando las paredes de la fisura como escalones. Sobreviviste solo durante meses, enfrentando la furiosa tempestad con gran valor. ¡Qué gran hazaña! Los jóvenes adoran esa historia. ¡Sos un ídolo para ellos!



—¡Amigo Poncho! Vos sí que sos un gran ejemplo para toda la manada, sos un titán. Tu historial te define. La proeza de lanzarte en paracaídas junto a Pato y a Bucky... ¡A todos nos late el corazón al ritmo de la locura con solo imaginarlo!

—¡Amigo del alma! —responde Poncho con mirada melancólica—, éramos tan jóvenes y tenaces. Bueno, volvamos al presente. Contame qué te preocupa, te escucho con atención.

—Estaba sentado disfrutando del hermoso día en lo alto del monte Flora. Ya sabés, desde allí se puede observar el magnífico paisaje de base Esperanza. Aprovechando el cambio de estación y la llegada del sol después de un invierno despiadado, subí para mirar desde arriba la naturaleza imponente que nos rodea. Pero lo que vi me generó una angustia silenciosa.

Poncho y Arrancol escuchan atentamente el relato de su compañero.

—El glaciar retrocedió a pasos agigantados —continúa Simba—, dejando morenas y sedimentos rocosos a su paso y alejándose de la laguna principal del lugar. Esto podría disminuir el caudal de agua y tener consecuencias serias para los humanos y la fauna del lugar.

El rostro de Simba luce cada vez más angustiado:

—Entonces dirigí mi mirada al mar y vi que están llegando los pingüinos. Giré hacia la zona de la pingüinera para chequear la zona de anidación y vi que hay mucho más hielo que de costumbre. Me desesperé. Bajé a la mayor velocidad que el corazón me lo permitió para comentarte que nuestros amigos los adelias no van a poder construir sus nidos si no hacemos algo. ¡Y muy pronto!

—¡Arrancol! —dice Poncho con voz de mando—. Corré hasta la maroma y contales la situación a todos los huelleros. ¡Que vayan rápidamente a la pingüinera y rasguen el hielo hasta que aparezcan las piedras!

Lleno de emoción, Arrancol parte velozmente hacia la pingüinera, agitando con soltura todas sus rastas marrones oscuras.

—¡Arrancol! ¡Arrancol! —le grita Simba—. ¡Tenés que ir primero a la maroma a buscar a los huelleros! ¡Estás yendo para el otro lado!

—Uhh, cierto —dice Arrancol.

Su mente es un viento catabático, que se lleva a gran velocidad las palabras antes de que las pueda retener. Pero, en su interior, escucha una voz que le dice que se concentre, piense bien y tome el camino correcto. Y Arrancol le hace caso.

Las balsas de los adelias, empujadas por el viento marino, se acercan velozmente a la costa. Los pingüinos empiezan a saltar y se meten de cabeza en el agua. Nadan ágilmente, a gran velocidad. Al llegar a la costa, dan una gran envión hacia el cielo, como queriendo volar, usando sus aletas como alas para aterrizar. Algunos lo hacen parados y otros con sus panzas, sobre la orilla de hielo, a más de un metro sobre el mar.

Miles y miles de machos en sincronía aterrizan en el suelo antártico y empiezan su caminata torpe. Resbalan y patinan hasta llegar al lugar donde nacieron. Ahora, ya adultos, buscarán su espacio para hacer el nido y formar sus propias familias.